

Quedaba por someter otro enemigo interior en el Este, y era el pequeño pueblo de salteadores llamado de los isaurios, pueblo valiente y feroz, una de las plagas inextinguibles que los historiadores citan constantemente hasta después de la conquista mahometana. Los isaurios vivían en las montañas frías situadas entre la Licaonia, la Frigia, la Pisidia y la Cilicia; en ellas se burlaban de los ataques de las fuerzas romanas, y de ellas salían en ocasiones unidos con los montañeses de la Cilicia para recorrer los países del llano, saqueando y cometiendo toda clase de atrocidades, haciéndose también temibles como corsarios en aquellos mares y costas. Caudillo de este pueblo isaurio, en apariencia tan insignificante pero indomable é inexpugnable en sus guaridas, era Trebeliano, el cual tuvo la audacia de titularse también emperador, hasta que perdió la vida en una expedición á la Cilicia Baja.

En resumen, era y no podía menos de ser horrorosa la situación de todas las provincias sometidas en el año 266 á la autoridad de Galieno, y que abrazaban todo el territorio romano comprendido entre el estrecho de Gibraltar, el desierto de Sahara, los Alpes y el río Halis en el Asia Menor. Los territorios del Noroeste, dominados por Póstumo, y el extremo Este, sometido al emperador Odenato, se encontraban en un estado relativamente mejor. La situación de Italia, de la Grecia y del Norte de Africa era horrible, pero mucho peor era la de la península balcánica, de la Panonia, de la Mesia, de la Nórico y la Retia, que además de las otras calamidades sufrían todos los males de las luchas civiles y de las invasiones de las masas bárbaras; y para colmo de infortunio tenían todavía que proporcionar, en medio de tantas calamidades, los recursos incalculables que el emperador y sus generales necesitaban para defender las fronteras contra los bárbaros y luchar contra tanto emperador faccioso. Es de todo punto imposible calcular, ni aproximadamente, el número de hombres que proporcionaron estas provincias á los ejércitos imperiales, sin contar las bajas que causó en la población la peste, ni la multitud de tropas auxiliares que el gobierno contrató entre los bárbaros germánicos para la infantería, como entre las tribus africanas para la caballería. Los impuestos, que habían llegado á una altura inaudita, resultaban todavía poco menos que cuadruplicados por la crisis monetaria, que entonces había llegado en el interior del imperio á su período mas grave. El fatal sistema de acuñar y pagar en monedas de plata de baja ley y no admitirlas en el pago de la contribución, que el gobierno seguía exigiendo en oro, agravaba terriblemente la situación del contribuyente.

Desde el reinado de Alejandro Severo no se había seguido regla alguna en la acuñación del oro; el peso de las monedas de este metal fué cercenado continuamente en este período tempestuoso, tanto que, finalmente, solo se admitían en el comercio al peso; pero otra cosa mucho peor sucedía con la plata. Desde Gordiano III no se acuñaban ya denarios, y continuaban, sin embargo, usándose en el comercio como moneda imaginaria. Reemplazólos el antoniniano, que á su vez sufrió la falsificación oficial por medio de la creciente aleación con metales inferiores, y solo para el comercio exterior, y excepcionalmente para algunos jefes distinguidos civiles y militares, se acuñó moneda de mejor ley que la usual. Los particulares retiraban del curso las monedas mejores que llegaban á sus manos, para guardarlas enterrándolas tales como eran ó fundidas en lingotes. Galieno, como otros emperadores, trató en vano de mejorar la ley; pero el estado angustioso del tesoro y la desaparición inmediata de la moneda mejorada le obligaron á seguir la fatal pendiente, tanto que si en tiempo de Gordiano III la moneda de plata

contenía todavía algo mas de una tercera parte de plata fina, en tiempo de Galieno bajó esta ley á una quinta, y finalmente á una vigésima parte. Era natural que en semejante estado se aumentase espantosamente la fabricación clandestina de la moneda falsa, y los directores de las casas de moneda del gobierno aprovechaban la confusión general para empeorar la calidad de la moneda, quedándose para sí con parte del metal fino; de suerte que la moneda de plata acabó por ser moneda de cobre á la cual se daba con una aleación de estaño y un baño de ácido un efímero brillo blanco. En la Galia sucedió lo mismo bajo el gobierno de Póstumo. Admitiendo el valor oficial de 22'83 pesetas del doblon de oro de Caracalla, debía valer el antoniniano 1'14 peseta, pero en realidad no llegaba en aquel reinado mas que á 65 céntimos. En el reinado de Heliogábalo bajó su valor efectivo á 45 céntimos de peseta, y en tiempo de Galieno hasta á doce y medio céntimos.

No hay que decir cuáles fueron las consecuencias de esta situación y las pérdidas que resultaban para el comercio, grande y pequeño, que acabó por no saber qué precios fijar para sus mercancías. Los empleados, contratistas y todos los que en pago de sus servicios y atenciones de su cargo no recibían sino moneda falsa, echaron mano forzosamente de toda clase de engaños, fraudes y extorsiones para no arruinarse y morir de hambre y para poder cumplir con sus obligaciones; el ejército tuvo que vivir sobre el país, cometiendo los mayores abusos y hasta robos en grande escala, mientras la población desesperada se entregó á la desmoralización mas espantosa. Las fundaciones piadosas, como la institución alimenticia de Trajano, no pudieron continuar funcionando, porque viviendo de rentas fijas que se les pagaban en una moneda que era el ludibrio de todo el mundo, les fué de todo punto imposible subvenir á sus gastos; y finalmente desaparecieron la seguridad, la confianza y la buena fe del comercio en todas sus formas. Un desaliento profundísimo se apoderó de todos los ánimos y paralizó en todas partes la energía de resistencia á los embates de los bárbaros; la temeridad de la desesperación del que lo vé todo perdido fué ciertamente lo que produjo tanto pronunciamiento, y en este mar tempestuoso se hundieron para siempre el brillo, el resplandor y la plácida dicha del mundo antiguo.

Todas las medidas que se adoptaron para detener las terribles consecuencias de la crisis monetaria, como la acuñación de grandes cantidades de moneda de cobre, la admisión de las monedas de plata del Oriente como moneda del imperio y su reacuñación, solo resultaron remedios instantáneos: el oro y la plata volvieron á desaparecer y la miseria quedó. Mucho después se intentaron reformas radicales que en tiempo de Galieno eran imposibles de adoptar, porque no tardaron en presentarse nuevos peligros y cataclismos políticos, principalmente en el extremo oriental del imperio.

En la Galia había decaído mucho la autoridad de Póstumo desde la última guerra, la cual para este caudillo había sido en realidad desgraciada, y en su consecuencia volvió á cundir allí el espíritu revolucionario. Las legiones del Rin se alzaron primero y proclamaron emperador á L. Eliano en el año 266. Poco costó al anciano guerrero vencer al pretendiente y tomar á Maguncia, su capital interina; pero cuando quiso prohibir á sus tropas el saqueo de esta rica ciudad, se sublevaron y le mataron á él y á su hijo á principios del año 267.

Los germanos aprovecharon estas circunstancias para pasar el Rin y asolar las comarcas vecinas. Eliano, que con la muerte de Póstumo había quedado dueño de la situación, atacó á los bárbaros y los arrojó de nuevo al otro lado del

rio; pero cuando quiso obligar á las legiones á trabajar como era costumbre en las fortificaciones que protegían la frontera, se sublevaron de nuevo y le mataron, quizás por instigación de Victorino, el sucesor natural de Póstumo en calidad de co-emperador. En efecto, se proclamó á Victorino; pero apenas proclamado, levantóse contra él un competidor nuevo, Cayo Marco Aurelio Mario, hombre de fuerzas atléticas, que había entrado en el servicio como herrero y había subido á jefe superior, siendo muy bien visto en el ejército. Este competidor murió también en breve á manos de un soldado á quien había ofendido. Con esto quedó único dueño del campo Victorino, el cual habría podido sostenerse en su alto puesto á no haber sido por su indomable pasión al bello sexo, que le condujo á seducir á las mujeres de sus soldados y oficiales; pues fuera de esto tenía innegables dotes para el mando militar y para el gobierno. En el mismo año 267 un contador del ejército, llamado Aticiano, vengó su honor ultrajado, provocando en la ciudad de Colonia un motin en el cual fueron muertos Victorino y su hijo.

En tal estado de cosas, nada tenía que temer Galieno por el lado de la Galia, y Aureolo, general en jefe de toda la caballería, encargado de vigilar los desfiladeros de los Alpes, nada tampoco tenía que hacer; pero entonces se suscitó en Oriente una dificultad que impidió por lo pronto pensar en la reconquista de la Galia.

Un capricho del destino quiso que en aquel período de descomposición del mundo romano dominara en la Galia una mujer ambiciosa y de gran talento, sin que la discolorada soldadesca conmoviera su posición. Esta mujer era Aurelia Victoria ó Victorina, madre de Victorino, co-emperador y sucesor de Póstumo, y digna imitadora de su contemporánea Zenobia, la célebre reina de Palmira. En vida de su hijo, y cuando este estaba al lado de Póstumo, había ejercido Victorina una influencia decisiva sobre la clase alta, sobre la misma tropa y aun sobre el gobierno. Valiente, enérgica y fuerte, no había perdido su serenidad cuando su hijo y nieto murieron asesinados por la tropa amotinada; y aunque se quedó sola, pudo hacer elegir como sucesor de su hijo á Cayo Pio Esuvio Tétrico, instrumento suyo, pero hombre de categoría consular y senatorial que había sido gobernador general de Aquitania. Este hombre fué proclamado emperador en Burdigala (Bordeos), á principios del año 268, extendiéndose su poder sobre la Inglaterra, la Galia y una parte de España. Así quedaron estos países todavía por largo tiempo separados de Roma.

Victorina no fué grandemente peligrosa ni para Galieno ni para el imperio en general. Mas lo fué otra gran mujer de aquel tiempo que conmovió en el Oriente la situación de Roma. El heroico y poderoso Odenato, admirado y venerado en Roma como en su patria, había seguido haciendo la guerra á los persas y puesto por segunda vez sitio á la ciudad de Ctesifonte en el año 265, sin que pudiera recabar del rey Sapor la libertad del emperador Valeriano, por cuya razón no se hizo la paz. Pero al año siguiente tuvo que suspender sus operaciones contra los persas para limpiar el Asia Menor de nuevas hordas godas. Tres años antes, en 263, los godos habían asolado la parte occidental de aquel país, y entre otras atrocidades habían destruido el templo de Diana. En 266 volvieron á repetir sus invasiones, esta vez en la Galacia y la Capadocia; y en la nueva campaña que contra ellos emprendió Odenato, murió este héroe á manos de un asesino en la primavera del año 267, durante una fiesta en Emesa.

El gran lustre que las victorias de Odenato y su admirable talento para el gobierno habían dado á aquella parte de Oriente, había reanimado la tendencia latente, pero siempre viva, á

separar toda aquella región del imperio romano, tan opuesto á la índole semítica, y fundar un imperio oriental independiente. Odenato había sido decididamente adicto al imperio romano, pero no su célebre esposa Zenobia, que como Odenato descendía de una familia nobilísima y antigua, quizás nabatea. Supónese con gran fundamento que fué primero una de las mujeres de Septimio Airanes (Heyran), el hermano mayor de Odenato, de quien tuvo un hijo llamado Meonio, el cual á su vez tuvo un hermano mayor, llamado Vaballato, hijo de otra mujer. Muerto Airanes, Zenobia, jóven todavía, pasó al harem de Odenato, su cuñado, del cual tuvo también dos hijos llamados Hereniano, ó sea Airanes, y Timolao, cuando Odenato había tenido de distinta mujer otro hijo llamado Septimio Herodes.

A pesar de ser Zenobia la esposa preferida de Odenato, no fueron bastantes su hermosura, gracia y talento extraordinario para recabar de su esposo que nombrara co-emperador y heredero á uno de sus hijos; Odenato nombró en lugar de ellos á su hijo mayor Septimio Herodes, jóven valiente y simpático. Desde entonces intrigó Zenobia con intención aviesa por lo pronto en favor de Meonio, el hijo mayor de su primer esposo Airanes, jóven de ningún talento pero sumamente ambicioso. Este, irritado por un castigo reciente, organizó contra su tío Odenato una conspiración con unos cuantos oficiales del ejército, conspiración que dió por resultado la muerte de Odenato y de su hijo Herodes en la ya citada fiesta. El miserable Meonio fué proclamado emperador por los soldados en el acto; pero no gozó mucho de su nueva posición, porque al llegar la noticia de la muerte de Odenato y de su hijo mayor á Palmira, el pueblo proclamó á Zenobia, y le dió por colega en el mando á Vaballato, el hijo que su primer esposo había tenido de otra mujer. Zenobia adoptó el título fastuoso de *reina de Oriente*, y sabido esto en el ejército, los soldados mataron al indigno Meonio, á quien acababan de proclamar emperador. La nueva reina, mujer sumamente instruida en todas las ciencias mundanas, religiosas y filosóficas de la época, pretendió descender de Semíramis, de Dido, y principalmente de los Tolomeos. Zenobia, de carácter mas noble, de ideas mas elevadas, y sobre todo mas virtuosa que la antigua Cleopatra, constituye una aparición enteramente excepcional en la historia de Oriente. Desde luego se puso á trabajar en la realización de su proyecto de fundar un imperio semítico independiente de Roma, á cuyo fin decidió abandonar la guerra contra el rey Sapor y negociar por el contrario una alianza con la Persia.

Al saber esto el emperador Galieno, no se sintió dispuesto á permitir que se repitiera en la Siria lo que Póstumo había hecho en la Galia, y envió sin pérdida de tiempo contra Zenobia al general Heracliano con un ejército formado probablemente en la primavera del año 267 y compuesto de tropas de la península balcánica y del Asia Menor. Las tropas de Zenobia derrotaron al ejército romano y le obligaron á retroceder detrás del Halis, de donde no se movió en algunos años, porque en la misma primavera, ya fuese por la simple noticia de la muerte de Odenato ó por instigación directa de la reina de Palmira, se embarcaron en el mar de Azof en quinientos buques 25,000 hérulos y godos orientales, y se dirigieron por el mar Negro á la cuenca del Danubio. Desde allí, escarmentados quizás por Claudio, marcharon hácia el Bósforo y le atravesaron, no obstante las bajas que sufrieron por mar y en sus diferentes desembarcos y saqueos. Habiendo muerto por entonces el almirante romano Veneriano, pasaron el mar de Mármara y de allí se extendieron por el mar Egeo, desembarcando y cometiendo sus atrocidades de costumbre divididos en varios grupos. Esparta, Argos, Corinto y hasta Atenas fueron sorprendidas, saqueadas é incen-

diadas por los bárbaros; pero en Atenas cambió la situación. El célebre historiador de aquel tiempo, Publio Herenio Dexipo, que era también militar eminente y hombre de Estado distinguido y práctico, reunió en la parte montuosa del país un cuerpo de patriotas voluntarios compuesto de labradores, habitantes de la ciudad, estudiantes y algunos soldados hasta el número de 2,000 individuos. Con estos hizo la guerra de montaña y de sorpresas á los bárbaros, aproximándose á Atenas y causando muchas bajas á los invasores, hasta que al fin logró expulsarlos de aquella ciudad y del Atica, quizás con la cooperación de la escuadra romana que mandada por el almirante Cleodamos acudió desde el Bósforo persiguiendo á los buques enemigos. Galieno en persona salió de Italia á la primera noticia, y marchó á toda prisa con el general Marciano y las fuerzas disponibles á Macedonia. Los germanos, perdidos sus buques y mucha gente, pero reforzados con esclavos fugitivos y desertores, se dirigieron en su acostumbrada ignorancia al Norte para volver á encontrar el Danubio. Al pasar por la Macedonia les sorprendió Galieno junto al río Nesto, donde los destrozó horriblemente, y los habría ani-



Moneda de cobre de Zenobia, acuñada en Alejandría de Egipto, con la inscripción: CEIITIMIA ZHNOBIA CEB

quilado del todo á no haber recibido la noticia de que el hasta entonces fidelísimo y distinguido general de caballería Aureolo se había sublevado también. En efecto, Aureolo, proclamado emperador en la Alta Italia, marchaba sobre Roma, cuya pérdida equivalía al destronamiento de Galieno. No habiendo tiempo que perder, dejó Galieno á Marciano con una parte del ejército el encargo de expulsar á los godos de la península, mientras él se dirigía á grandes jornadas á Italia.

Marciano cumplió su encargo, y mientras estuvo con sus tropas en la frontera del Danubio se puso en comunicación con Claudio, gobernador general de aquellas provincias, y ambos se convencieron de que la vencida expedición de los bárbaros no había sido en el fondo más que una especie de reconocimiento en grande escala, y de que en el país enemigo, principalmente entre el Don y el Danubio, una inmensa avalancha de pueblos no aguardaba más que la ocasión favorable para arrojarse sobre el imperio y establecerse en él. Quizás convinieron entonces también estos dos generales eminentes en que Galieno no era el hombre á propósito para hacer frente á semejante peligro.

Llegado que hubo á Italia Galieno, encontró á su competidor Aureolo á orillas del Adda, entre Bérgamo y Milan, en el sitio que desde entonces se llamó *Pons Aureoli* (Pontirolo) en recuerdo de aquel encuentro. El usurpador fué derrotado, pero pudo refugiarse en Milan. Galieno le sitió, y durante el invierno y la primavera del año siguiente 268 reunió en su campamento á sus mejores generales, principalmente á Aureliano, Marciano y Claudio, el cual se estableció en Pavia. Estos generales, cuando se vieron reunidos y se enteraron de la invasión germánica que amenazaba, se pusieron de acuerdo, por indicación de Aureliano y del prefecto de la guardia pretoriana Heracliano, y convinieron en que para la salvación del imperio era indispensable, atendida la inminencia de una invasión de proporciones extraor-

dinarias, la muerte de Galieno, reemplazándole por otro más capaz. En este concepto fué elegido Claudio, que también estaba muy bien visto del Senado.

Claudio, por sus grandes dotes militares, su honradez y demás cualidades excelentes, había sido elevado ya por el emperador Valeriano á altos puestos, y después había servido con felices resultados á Galieno, el cual le había tenido siempre grandes consideraciones, á pesar de que Claudio había desaprobado con franqueza militar su conducta. Desde el año 265 estaba encargado, como lo había estado ya en tiempo de Valeriano, del mando en jefe de toda la provincia ilírica. Era rígido é inexorable en cuestiones de moral, y al propio tiempo modesto, justo y personalmente simpático; pero lo que más decidió su elección fué su actividad incansable en el cumplimiento de su deber y su energía sin rival. Parece que estaba muy distante de desear la púrpura imperial, y aunque opinaba como los demás generales que la caída de Galieno era indispensable, no tomó parte en la ejecución de las medidas propuestas. La intención de los conjurados era deshacerse de Galieno después de la toma de Milan; mas como se divulgara el proyecto hasta el punto de llegar á oídos de Aureolo, encerrado en la plaza, resolvieron no perder más tiempo. Algunas noches antes del 24 de marzo del año 268 se tocó generala en el campamento, y Heracliano corrió á decir al emperador que Aureolo hacía una salida con fuerzas numerosas. Al instante montó Galieno á caballo sin esperar á ponerse la coraza, y en la oscuridad y entre la muchedumbre le mató un jefe dalmata de caballería llamado Cecropio. La indignación de la tropa fué grande, y no menor su deseo de aprovechar el triste suceso para sacar de él algunos beneficios. Poco faltó para que los soldados mataran á los conjurados; pero todo lo salvó la habilidad de Marciano, que repartió un gran donativo, y la proclamación de Claudio hizo el resto. Claudio, tan luego como recibió la noticia de lo sucedido, salió de Pavia y se presentó en el campamento para hacerse reconocer por las legiones.

CAPITULO III

LOS EMPERADORES ILIRIOS Y LA RESTAURACION DEL IMPERIO

El entusiasmo fué inmenso en Roma cuando en 24 de marzo del año 268 llegó la carta en la cual el nuevo emperador Claudio II participaba al Senado su elevación. Todo el mundo conocía el patriotismo acendrado, la energía y el heroísmo de aquel hombre, cuyas cualidades infundían las más halagüeñas esperanzas. Los enemigos de Galieno, siempre recelosos del Senado como de todo el mundo, desahogaron su rencor matando á los parientes y servidores del difunto y cometiendo atrocidades con las personas de los funcionarios de hacienda; pero Claudio intervino rápida y enérgicamente, reprimió tan vergonzosos excesos y hasta consiguió la divinización de Galieno. El nuevo emperador rechazó las proposiciones de arreglo que le hizo Aureolo, el cual fué muerto por la tropa no se sabe si á consecuencia de una nueva lucha ó después de haberse entregado voluntariamente; la orden de matarle se atribuyó al general Aureliano con el asentimiento del nuevo emperador, que personalmente no deseaba la muerte de su competidor (1).

(1) Los datos respecto de estos detalles son muy confusos. Según un autor, se dió la batalla del Adda en ocasión de la salida de Aureolo de Milan, mandando las tropas de Galieno el general Claudio. Lo cierto es que Aureolo encontró su solitaria tumba cerca de Pontirolo. El dato que hace alcanzar á Claudio una gran victoria sobre una hueste almana junto al lago de Garda, antes de ir á Roma, merece poca confianza.

Claudio, decidido á cumplir su misión titánica de restaurar el imperio con toda su asombrosa energía y claro entendimiento, se trasladó en el verano de 268 á Roma para empezar desde allí la reorganización interior del imperio, la abolición de muchísimos abusos, el restablecimiento de la administración imperial de la justicia, y la persecución y castigo de los jueces venales, todo con una energía que no saben elogiar bastante los historiadores. En medio de esta actividad administrativa no pudo menos de fijar su atención en la reorganización del ramo de guerra, que se hallaba en un estado de confusión deplorable, ni podía tampoco perder de vista la política extranjera, siendo lo más urgente armarse contra el inmenso peligro que de parte de los godos amenazaba á las provincias centrales del imperio. Los asuntos de Este y de la Galia, es decir, de Zenobia y de Tétrico, quedaron aplazados para más adelante.

Es probable que la avalancha goda empezara á moverse hacia el Mediodía en el año 268, ó cuando menos en la primavera del año siguiente. Los hérulos y godos al moverse hacia adelante fueron seguidos por innumerables grupos y tribus getas, sármatas y germánicas, como los gépidos y otras masas godas más distantes; de suerte que toda aquella humanidad bravía en movimiento, se componía aproximadamente de 320,000 hombres, además de las mujeres, los niños y los esclavos. Esta gran masa se dirigió desde el Dniester, parte por tierra, parte por el mar Negro, en dos mil embarcaciones, á la península balcánica, donde no encontró ya las circunstancias que había hallado antes, porque el espíritu del gran Claudio alentaba como salútfiera brisa todo el imperio. Las poblaciones, reanimadas, prestaron al gobierno romano su concurso personal en la defensa del país, cosa muy necesaria, porque el ejército había padecido espantosamente en las largas guerras interiores y exteriores, y por efecto de la peste, que desde tantos años antes se estaba cebando en todas partes. Además, era imposible llenar los cuadros con la rapidez que las circunstancias reclamaban, porque las provincias más expuestas á la invasión eran también las más castigadas y despobladas por la epidemia; y por otra parte, urgía no menos reponer el material de guerra, que por la penuria, las luchas y el descuido de Galieno se había gastado. Estos trabajos retuvieron al emperador forzosamente en Italia, teniendo que limitarse por lo pronto á socorrer á las provincias amenazadas con oficiales, jefes é ingenieros militares de confianza. Estos produjeron admirable resultado porque organizaron y dirigieron la defensa de las ciudades, que en todas partes rechazaron á los bárbaros cuando llegaron, y así su empresa acabó para ellos muy tristemente.

Las fortalezas de Tomi y Marcianópolis resistieron en la primavera del año 269 la primera embestida y la rechazaron victoriosamente. Allí se dividió la avalancha bárbara, y una parte principal se derramó por la Mesia, pugnando por abrirse camino al Mediodía al través de los Balcanes y asolando al mismo tiempo el país. Los grandes generales del emperador, su distinguido hermano Quintilo y el hábil Aureliano, con las tropas romanas de Tracia é Iliria acudieron presurosos á impedirles el paso, y llegaron á verse en tan apurada situación que esperaban contando los días la llegada del nuevo ejército, que con esfuerzos infinitos estaba Claudio reuniendo en la Alta Italia y en la Iliria.

Entre tanto, otra parte de los bárbaros se dirigió en sus embarcaciones también al Mediodía. Estos á su entrada en el Bósforo sufrieron grandes pérdidas por las corrientes marítimas y las tempestades; su ataque contra Cicico fué rechazado, y entonces se dirigió la expedición á la costa meridional de la Tracia y la Macedonia, donde se efectuó el desembarco. Después, mientras varias bandas se derramaban por la Tracia,

la masa principal embistió primero la plaza de Casándrea y después á Tesalónica, y otra parte continuó en sus buques el derrotero al Sur para saquear las costas de la Grecia. Contra todo lo que acostumbraban los bárbaros, continuaron tenazmente cercando á Tesalónica, cuya situación era ya apuradísima cuando llegó á última hora el ansiado auxilio.

Claudio, al ver la situación angustiosa de la península balcánica, no quiso retardar más su marcha, si bien no tenía su nuevo ejército tan preparado para la guerra como él hubiera querido. Se puso, pues, en camino; siguió el curso del Drave hasta su embocadura en el Danubio y subió por la cuenca del Morava, para cortar á los godos la retirada y apoderarse de una excelente base de operaciones, comunicándose con la Mesia y el Mediodía é interponiéndose entre los invasores de la Mesia y los de la Macedonia. Supo luego que los godos, á consecuencia de la aproximación del nuevo ejército, habían desistido de sus ataques á Tesalónica y reunido sus masas para dirigirse por la cuenca del Axio hacia el Norte, y entonces operó para darles la batalla, no en los difíciles pasos de las comarcas septentrionales de Tracia y



Moneda de bronce del emperador Claudio Gótico con la inscripción: IMP(erator) CLAVDIVS P(ius) FELIX AVG(ustus)

Macedonia, sino en el territorio favorable de la Mesia, donde podía emplear con ventaja su excelente caballería. Efectivamente, cerca de Naiso (hoy Nich), en la cuenca superior del Morava, se encontraron frente á frente, en la segunda mitad del año 269, los romanos y el grueso de los godos. La lucha fué sangrientísima, pero al fin ganó la táctica del emperador, perdiendo los godos cincuenta mil de los suyos. Esta victoria valió al emperador el sobrenombre honorífico de *el Gótico* y aseguró la existencia del imperio hasta la derrota de Valente, cerca de Adrianópolis, en el siglo siguiente.

Claudio se apresuró á aprovechar su victoria para impedir que el resto de los invasores volviera á su país, á cuyo fin hizo ocupar con fuerzas suficientes los desfiladeros de los Balcanes, y arrojó paso á paso á los bárbaros, parte á las fragosidades de aquellos montes y otra parte hacia Rodope. En estas operaciones los romanos sufrieron una notable derrota que permitió á una parte de los godos evadirse hacia el Norte; pero la masa principal de los invasores cayó prisionera ó fué exterminada en la península balcánica por las armas romanas, las privaciones y la peste. Los prisioneros, unos fueron vendidos como esclavos en los mercados y el resto alistado en el ejército ó empleado como colonos siervos en los trabajos agrícolas.

Los bárbaros que habían seguido en sus embarcaciones atacaron inútilmente muchas ciudades marítimas, lo cual no impidió á los griegos celebrar las fiestas olímpicas que correspondían cabalmente á aquel año. Los godos, atacados quizá también por los buques de guerra romanos, se dirigieron al Este intentando desembarcos y saqueos en las islas de Creta, Rodas, Chipre y en Pamfília; pero en todas partes fueron rechazados victoriosamente por las ciudades marítimas. En estas circunstancias, Probo, el bizarro gobernador general del Egipto, encargado especialmente de proteger este país contra toda tentativa de la reina de Palmira, llegó con una escuadra romana y obligó á los bárbaros en una serie de combates victoriosos á dirigirse otra vez al Norte. Llegaron en efecto al mar Negro, terriblemente diezmados